

clamaron Bélgica presa suya ganada en la conquista, como si los belgas fuesen una manada de bestias recogidas en cruenta cacería. Valiéndose de todos sus poderes y amenazando con toda suerte de amenazas; sin escrúpulo de ningún género en el ánimo; sin traba en el albedrío, decidieron arrancar los votos á las entrañas de Bélgica con el forceps de la Convención. Ningún ciudadano podía emitir opinión alguna contra la República y formular deseo por la independencia. Si alguna vez afirmaba con imperio Bélgica su resolución de levantar un gobierno propio, áncora y seguro de su autonomía, los comisarios le contestaban que los votos de un pueblo imbecil ó niño no deben apreciarse de ningún modo, como votos contrarios al mismo que los da. Ponían, para justificar aquella injustificable anexión, en primer término, las advertencias y los consejos de la razón humana; en segundo término las insinuaciones persuasivas de la filosofía y de la fraternidad. Pero, si todo esto marraba contra las leyes de la lógica y de la naturaleza, no creían haber otro recurso en lo humano que imponerse á los belgas por la táctica revolucionaria. Y así, no se detenían en barras, invocando los principios más contrarios á sus principios, por aquello de que el fin justifica los medios, como creen y propalan los mismos jesuitas. «En caso, exclamaba Chepy, comisario del Poder ejecutivo francés, en caso de resultar baldíos nuestros esfuerzos, continuando los belgas el sistema desesperante de su inercia, estimo debe proclamarse con toda franqueza el principio de conquista, quien, por primera vez útil al mundo, y justo en sí mismo, debe imponer el gobierno y formar como la base de toda la futura educación belga.» Los comisarios, pues, se creyeron más que soberanos; se creyeron dictadores. Cada cual de ellos imaginaba llevar la Convención en el cerebro; y viendo todos las resistencias de los belgas á votar lo que deseaban ellos, decidieron sitiarse los comicios, como si fuesen fortalezas enemigas, y recurrir al uso y al empleo de la fuerza. «Para conjura escándalos, exclamaba Chepy, no hay más remedio que presentar el ejército en armas ante las asambleas primarias en delirio.» Los procedimientos de Luis XIV, al revocar el Edicto de Nantes, se reprodujeron en la República; los clubistas feroces invocaron las dragonadas borbónicas para convertir por fuerza y por violencia en republicanos los enemigos de la República francesa. Tropas, tropas, con escándalo fragoroso pedían, no importándoles con las tropas los electores. Así, en vano les hurgaban desde París para que citasen y reuniesen las asambleas primarias; como no hubiese tropas á la vista enviadas de Francia, los comisionados de la República repugnaban la elección. Todo lo que veían les fortificaba en su desatentado acuerdo. Para ellos cada comicio del pueblo debía convertirse por fuerza en campo de combate donde corriese á torrentes la sangre, si los ejércitos franceses no mediaban en la contienda pacífica y no repartían el sol entre los respectivos combatientes. Mons estaba entre las ciudades más adictas al régimen republicano; había deseado un tiempo con fervor el establecimiento de una República en su seno y la suma con Francia. Sin embargo, los comisarios franceses no se fiaron de Mons y ex-

pidieron unos regimientos para expulsar una minoría escasa. De tal suerte las elecciones belgas se iban trocando en una guerra civil y Bélgica se iba perdiendo poco á poco para Francia.

Reinaba entonces por Francia una grande corriente de opinión, la cual quería pura y simplemente anexionarse Bélgica, esgrimiéndola como un arma de combate mortal en los holandeses, instrumentos del maquiavélico Pitt, y en los alemanes, siervos del sacro Romano Imperio. Tamaña opinión, en la cual nunca entrara Dumouriez; de voluntad tornadiza y ondulante; sin fe ninguna en el credo revolucionario, sin conocimiento ni conciencia del papel que había representado en las líneas belgas y del triunfo que había obtenido en Jemmapes; esta opinión, decía, se hallaba fuertemente sostenida por un tribuno del empuje soberano, del carácter resuelto, del ideal tormentoso que todos reconocemos en el enérgico é incontrastable Dantón. Según tal estadista, Francia tenía toda clase de títulos para incorporarse Bélgica y trocarla en seguro instrumento del combate ciclópeo sustentado con todos los antiguos reyes. No se recaba de balde un triunfo como el que había emancipado toda la Nación, uniéndola indisolublemente á Francia. La sangre francesa vertida en los campos de batalla debía tener algún precio, puesto que para los flamencos y los brabantones fuera el bautismo de su libertad. Luego Francia proclamaba la libertad del Escalda, y proclamando la libertad del Escalda por un decreto revolucionario, hacía de Amberes un puerto sin rival; é interesaba con profundo interés á Bélgica en su revolución, por lo cual debía prontamente apresurarse á llenar el pueblo belga con sus voluntarios las filas del ejército republicano; á vender sus bienes nacionales para que sirviesen de hipoteca indispensable á los asignados y aumentasen un Tesoro apercebido á la emancipación universal. Mas para esto se necesitaba que la idea surgida en el vastísimo pensamiento de Dantón fuera espada, y espada dócil, en manos de Dumouriez. Y Dumouriez, gran general, aparecía en estas circunstancias como un mísero político. No adivinaba las consecuencias de sus propios pensamientos, ni los resultados de sus propias obras. No quería socorrer al general Custine, cuyas derrotas en el Rhin le abrían un peligro inmenso por uno de sus flancos. Adulaba las pasiones reaccionarias de los belgas, disuadiéndoles del proyecto de vender los bienes eclesiásticos y afianzar con esta hipoteca novísima los asignados franceses. Así convenía, según el sentir de Dantón, tomar á Bélgica por tierra de paso, después de haberla muy bien amarrado, como un puente necesario, y auxiliar las tropas francesas del Rhin para herir en el corazón al Sacro Imperio y caer luego sobre Holanda para herir en el corazón al formidable Pitt. A pesar de tales proyectos, cuando debió Dumouriez llegar hasta Colonia como un rayo y presentarse ante Custine como un salvador, tomó cuarteles de invierno en Aquisgram, y allí dejó correr los sucesos á su guisa sin pensar que en una intervención de Francia estaba la salud y la redención de todos. Pudiendo disponer de un ejército tan fogueado y tan curtido como aquel que se llamaba del

Mosela, dejólo baldío é inerte, cual si fuera un arma de panoplia. El pretexto presentado por Dumouriez para cohonestar con deberes su inercia, era la seguridad de no poder dar un paso adelante sin exponerse á tener un ejército por retaguardia que lo aplastase y la falta completa de víveres y recursos en vano pedidos á Francia con ruegos repetidos. Pero Dumouriez no comprendía que la guerra, como el juego, como todas las humanas porfías al cabo, tiene sus probabilidades en pro y sus probabilidades en contra. Requiriendo de sus soldados siempre la victoria, y guardándolos inmóviles hasta la seguridad absoluta de tal resultado, exponíase á una parálisis temporal de aquellos músculos militares componentes de un organismo tan complicado como un ejército, parálisis peor cien veces que la misma derrota, porque allá, en el fondo, equivalía de suyo á la inutilidad y á la impotencia. Para hombres que, blandiendo como rayo fulminante la idea nueva y deseando lanzarla sobre los ídolos viejos, para hombres como Dantón, las componendas diplomáticas de Dumouriez no tenían explicación. Era necesario, en juicio y concepto de tal audaz estadista, que Bélgica pagase la sangre derramada en sus aras; que no dispusiese de su interior suerte, sino como un anejo inseparable de Francia y de la revolución; que se organizara en nuevo Estado á la manera del gran Estado francés; que se acabaran las componendas, incompatibles con una eficaz acción; y que la diplomacia estéril de un Dumouriez se sustituyese con los salvadores procedimientos de un gobierno fuerte. A las zarpadas de león que le infligía el gran estadista, contestaba el diplomático general con picaduras de mosquito. Perteneciente á la policía secreta de Luis XV, acostumbrado á las intrigas del palacio de Madrid por los tiempos de Carlos III, escritor incansable de Memorias y de notas, conspirando unas veces por Francia contra el Rey de Prusia, y otras veces por el Rey de Prusia contra Francia, quería desatar penosamente con sus hábiles dedos el nudo que debió cortar con su espada tajante. Cuando ya tenía casi abandonada Bélgica por sus torpezas naturales y por sus complacencias cortesanas con la reacción, pensaba en ofrecer Bélgica sin empacho y sin escrúpulo al mismo Emperador, contra quien Bélgica se había rebelado auxiliada por Francia.

Mas la triste realidad se impuso á todo. Dumouriez pensaba en conquistar á Holanda, y perdía Bélgica, puente natural para ir á ganarse la tierra de los holandeses; y, no sólo abandonaba sin escrúpulo á Bélgica, desconocía la fuerza que le quitaba el haberle retirado su auxilio al general del Rin, ¡ay! del Rin, por donde podían penetrar en los Países Bajos las dobles fuerzas de Prusia y Austria. En vano Dantón entra el ocho de Marzo en el Congreso pidiendo energía, la cual se llevó hasta el punto de disponer que voluntarios y soldados se uniesen al ejército regular en el más corto plazo posible, marchando siete leguas por día. Hasta la ley de reclutamiento parece al impacientísimo revolucionario tarda, muy tarda, en sus disposiciones; y cree que se necesita levantar á París en peso y lanzarlo sobre Bélgica. Pero, como todos estos esfuerzos á la postre cedieran en bien y pro personal de

Dumouriez, Dantón, sin detenerse un punto en su camino cuando lo tomaba de veras, osó defender al General, y dijo que podía perdonarse con facilidad su inercia, para muchos imperdonable, porque le habían ofrecido treinta mil hombres de refuerzo y nunca se los habían mandado. La Convención, autora del decreto disponiendo el apostolado en armas para difundir por todas partes la revolución francesa, votó cuanto le prepusieron en armonía y consonancia con sus antecedentes propagandistas. No se quedó atrás la Comunidad revolucionaria, ó sea el ayuntamiento de París, quien desde los primeros días del nuevo régimen emuló y compitió con las Asambleas legislativas. Sus proclamas se parecieron á las proclamas del diez de Agosto. Cada frase parecía en ellas un tiro de alarma. La campana de rebato, el cañón de sitio se quedaban atrás en resonancia, comparados con aquellas proclamas que parecían dispuestas con hierro fundido. Ni un minuto de espera consentía la Comunidad á los revolucionarios. Era indispensable, según ella, que todos se juntasen de súbito en un haz y todos se partiesen á Bélgica, pues de lo contrario, este indispensable territorio á la seguridad francesa queda cercenado de Francia. Sólo París podía detener al enemigo, por su proximidad á Valenciennes, pues había que acudir y socorrer á esta ciudad como se pudiese acudir á socorrer una puerta de la capital. Y la Comunidad enarboló bandera negra para demostrar que se hallaba en peligro supremo y en trance mortal la patria. Quienes más impelían á la indispensable anexión eran el jansenista Camús y el financiero Cambón. Aquél se movía por un dogmatismo propio de su escuela; éste se movía por un interés propio de su oficio. Para Camús, adversario implacable de los católicos, incorporar los belgas á los franceses equivalía en último término á restar fieles, y fieles muy devotos, al catolicismo. Camús estaba en edad madura entonces; Cambón todavía estaba en su florida juventud. Sin haber llegado á los cuarenta, contaba una experiencia de hacendista sólo aquistable por mucho trabajo en pocos años. La contabilidad era su fuerte; su religión, el comercio; su vida el trabajo. Educado por la filosofía del siglo aquel, aprendió sólo en ella el dogma de la igualdad; y quiso llevar esta igualdad á la esfera económica con un implacable vigor. Contra todos los experimentos, reveladores de las deficiencias que tenían los asignados, sustentaban este papel moneda, creyéndolo saludable á la revolución. Y como quiera que las anexiones de territorios y ciudadanos á la ciudadanía y al territorio franceses aumentaban las fianzas de aquellas emisiones de asignados tan considerables, Cambón sustentaba el apostolado revolucionario por móviles económicos del mayor desinterés para sí mismo y del mayor provecho posible para la patria. Hé aquí explicado el decreto del quince de Diciembre, que fué como un impulso á la guerra universal, por ser una declaración hostil á todos los Reyes de nuestro continente. Cambón, visto que la Europa no quería reconciliarse con Francia y que esta hostilidad permanente suscitaba una guerra inevitable, aceptábala sin reserva y la quería como una de esas enfermedades artificiales que se suscitan y promueven adrede, con el fin de acabar

una enfermedad mortal. Así en presentación de las ideas progresivas, so el amparo de una república liberal, sin pararse ante ningún género de consideraciones, Cambón sostuvo que debía Francia decidirse por la guerra contra todos los privilegios y todos los privilegiados; confiscar todos los tesoros de todas las monarquías; promover universales requisas; secuestrar los bienes de la feudalidad en su agonía para que sirviesen de hipotecas al bien y al progreso universal. Esta figura de Cambón se pierde un poco entre tantas figuras de primer orden como aparecen y desaparecen sobre los escenarios de la Convención, pero hay que tomarla muy en cuenta para explicar el choque tremendo entre la República y los Reyes.

Todavía cuando se leen los dictámenes de la Convención, todavía relampaguean y trueanan. Sobre todo, no se puede tocar sin quemarse, ya sea de grande horror, ya de verdadero entusiasmo, el dictamen de Cambón sobre la guerra de apostolado y propaganda. Para él no solamente había Francia de atacar á todos los privilegiados; había de atacar á todos los cómplices del privilegio. Era necesario que reemplazase por todas partes el régimen popular al régimen monárquico, porque de lo contrario, Francia estaba circuida de implacables enemigos y no podía vivir. El poder revolucionario, concentrado dentro del territorio francés, debía saltar los Alpes y los Pirineos, el Estrecho de la Mancha, el Rhin y el Escalda. En cuanto las tropas francesas penetrasen por un territorio enemigo debían tocar las campanas, á cuyos acentos se tomaron las Tullerías y la Bastilla, en la seguridad completa de que para sostener la República universal se levantarían hasta los muertos del sepulcro. Nada de transigir con la reacción. A las asambleas primarias no deben pertenecer y en las asambleas primarias no deben votar sino aquellos que hayan jurado antes fidelidad al régimen republicano. Hay que imponer por fuerza la dejación de sus privilegios á los privilegiados, los cuales no querían desasirse de ellos por su voluntad. El pueblo quedará satisfecho porque se levantarán de sus hombros los yugos de las corveas y de las prestaciones; y sólo tributará quien pueda y deba tributar por su riqueza y por su propiedad. El pueblo no pagará nada y lo administrará todo, satisfecho de declinar sus cargas sobre los ricos. La República no puede permitir á las poblaciones ocupadas por sus tropas que se contenten y satisfagan con una semi-libertad. Tendrán que abrazar la libertad entera y total, pues la República no transigirá con tirano alguno del mundo. Será necesario decir á los pueblos que intenten guardar sus castas privilegiadas: sois nuestros enemigos, y tratarlos como á tales, ya que no quieren la libertad y la igualdad. Para iniciarlos en el nuevo régimen y organizarlos con arreglo al ideal francés, la Convención enviará comisarios encargados de instituir la libertad en todas partes é imponer la tributación á los ricos. ¡Ay de aquellos pueblos que intenten emanciparse, y no rompan sus cadenas! Es necesario ver aquí y en este documento como se iba dilatando poco á poco la supremacía del principio monárquico y jesuítico por excelencia, al principio de la Razón de Estado. Francia no

paraba mientes en que, violando los derechos humanos fuera de su territorio, los violaba dentro de su territorio también. Francia no paraba mientes en que, aplicando la Razón de Estado al proceso y muerte de Luis XVI, aplicando la Razón de Estado á obra tan redentora como la obra de redimir y emancipar á los pueblos, contraía una enfermedad externa, que bien pronto se había de trocar en una interna enfermedad. Ese principio de la Razón de Estado es un principio del jesuitismo tradicional; es un principio de los leguleyos cesaristas; es un principio del viejo mundo imperial romano; es un principio de las monarquías absolutas gobernadas por Felipe II y Luis XVI; no puede ser nunca un principio democrático. ¿Y qué pasó por ende? Que después de haberlo puesto por obra en el suplicio de Luis XVI; después de haberlo puesto por obra en la propaganda republicana; después de haberlo puesto por obra en las relaciones del pueblo francés con los pueblos vecinos, pusieron por obra unos republicanos contra otros republicanos; y, á consecuencia de tal principio, surgió la guillotina bajo las plantas de aquella Convención revolucionaria, y segó la cuchilla su cabeza. Si parecía lícito matar por la salud del pueblo á un Monarca indefenso; lícito prescindir del voto de los belgas en la emancipación de Bélgica; lícito imponer á los mismos ciudadanos que se llamaban rescatados y libres un régimen repugnante á su voluntad y á su conciencia; también debía parecer lícito que creyeran los montañeses indispensable al pueblo la inmolación de los girondinos, y que creyeran los thermidorianos indispensable al pueblo la inmolación de los montañeses. Con la fría Razón de Estado se cohonestan los mayores crímenes: la muerte del hijo de Bruto por su propio padre, la exterminación de pueblos enteros; la guerra y la conquista; es decir, todas aquellas plagas que más adoloran á la humanidad y más oscurecen la humana historia. El exceso nervioso y el derroche de vida, con que Francia hizo irradiar la revolución fuera, tóvula tres ó cuatro años epiléptica y demente sobre su maravillosa trípode; pero, como esas excitaciones sobrehumanas apenas pueden sostenerse, por contrarias á la naturaleza, el sueño vino tras la vigilia, tras el movimiento desordenado la quietud inerte; y Francia cayó víctima de la guerra por ella provocada.

El epílogo de toda la tragedia de Bélgica estuvo en la traición del general Dumouriez. Nervioso, mejor, neurótico; desde los procesos subseguidos por la muerte del Rey no soñó con otro plan político ni acarició ningún otro fin que la restauración del principio monárquico sobre la tierra de Francia, subvertida y volcanizada entonces. Olvidado por completo de que no hay en el mundo institución de suyo tan personal por su lado capitalísimo, y, amén de personal, tan familiar como la Monarquía, negábase á comunicar el nombre de su candidato al trono; pero decía tenerlo elegido en sus mientes y juzgarlo dispuesto á recibir una corona que sus bayonetas recogerían del ensangrentado lodo de las revoluciones para erigir una restauración indispensable y pronta. Como si la personalidad del Monarca fuera indiferente, lo mismo le daba el hijo de Luis XVI, todavía bajo las bóvedas del Temple,